

# Horacio Salas

## LECTURAS DE LA MEMORIA<sup>\*</sup> ENCUENTROS CON ESCRITORES

### Prefacio

Las páginas que siguen son apenas una muestra del acopio de notas de lectura, vivencias y anécdotas, sobre escritores de lengua castellana, acumuladas a lo largo de años de profesión. La casi totalidad de los capítulos han sido reescritos especialmente para este libro; agregué dos prólogos de volúmenes agotados y un puñado de artículos aparecidos en el exterior, que en su momento no llegaron al lector argentino, e incluyo dos trabajos estrictamente periodísticos exhumados por representar una curiosidad y un homenaje a un gran poeta casi olvidado: Alberto Girri.

El volumen incursiona también en recuerdos personales. Como lector, la autobiografía me resulta un género apasionante, y es posible que para ingresar en su terreno, mi timidez haya necesitado estos laderos cuyas obras me permitieron ser más feliz.

Al releer el conjunto advierto un común denominador no deliberado: la mayoría de los autores elegidos padecieron diversos tipos de intolerancias. Fueron cuestionados por parte del poder de turno o por sus propios colegas, a causa de meros prejuicios, simples mezquindades, o modas teóricas tan intransigentes como fugaces.

El dogmatismo político, que a lo largo del siglo veinte se extendió como un gas tóxico y no dejó resquicio sin colorear por las ideologías, alcanzó en la cultura papeles protagónicos. Como era de esperar, los escritores no se salvaron de las tormentas. Tampoco se debe olvidar que algunos de ellos asumieron posturas políticas controvertidas en momentos difíciles de la historia latinoamericana y esa actitud los enfrentó con buena parte de la sociedad. Los contemporáneos no suelen juzgar obras, sino comportamientos ideológicos. Sólo la

---

\* La mayoría de los artículos de este libro se publicaron originariamente en: *Cuadernos Hispanoamericanos* y *La Revista de Occidente*, de Madrid; *Hispanamérica*, de Maryland (Estados Unidos), y *Análisis*, *Desmemoria*, *El Jabalí*, *Hablemos de poesía* y los diarios *Clarín* y *La Nación*, todos de Buenos Aires. “Salto a la modernidad” y “La muerte una terca compañía” corresponden a los prólogos de la edición facsimilar de la revista *Martín Fierro*, editada por el Fondo Nacional de las Artes en 1995, y a la reedición de *La muerte y su traje*, volumen único y póstumo de Santiago Dabove (Buenos Aires, Calicanto, 1976).

inmediatez. Cuando las llagas todavía están abiertas resulta comprensible.

En los inicios de la última centuria, el poeta ruso Vladimir Maiacovski definió: *Nuestro tiempo es difícil para la pluma*. No imaginaba cuánto.

HORACIO SALAS



## Borges y los libros

Borges lo sabía. Los libros actúan como espejos que reflejan (y a veces distorsionan) el dibujo de un instante preciso de la historia de un ámbito, de un país o de un hombre, tanto como la verdad ficcional creada para superar los límites –a veces magros, a veces dolorosos– de esa realidad que se intenta reemplazar con la escritura. El arte/el libro se constituye en un disparo contra la muerte: una permanente resurrección. Y así es posible entablar un diálogo con autores (y personajes) con los que quizá, en la práctica, no podríamos compartir una sola palabra. De qué hablaríamos, en caso de poder hacerlo, con Anaxágoras, con Catulo o con Quevedo. Sin embargo, al abrir un libro escrito hace varios siglos, hace apenas cien años o el invierno pasado, el reflejo retorna y uno vuelve a sumergirse en ese mundo: autor y personajes se transforman en nuestros interlocutores. Nos acompañan, nos rodean. Les preguntamos y nos contestan; nos interrogan y les respondemos.

Borges lo sintió desde sus primeras lecturas, y con los años hizo que su vida y sus libros se confundieran, se identificaran. Con el tiempo, sus problemas físicos (la debilidad de sus ojos que lo conduciría paulatinamente a la ceguera) sumados a su grave timidez de la que sólo se libró cuando ya era un escritor consagrado, lo impulsaron aún más al mundo de los libros. Con la llegada de las tinieblas definitivas, esa penumbra que él llamaría *la noche*, sólo le quedaría el recuerdo de los libros o la escritura de otros nuevos (“con el verso / debo poblar mi insípido universo”, escribió. Con el verso y con la obstinada recurrencia a la literatura.) Basta considerar algunos de los muchos volúmenes de diálogos para advertir que los libros se transforman casi en un monotema que desaloja cualquier otro interés. Esquivaba los problemas circunstanciales con los que un periodismo de escasas luces trataba de

cercarlo, para escapar por tangentes transformadas en citas provistas por esa memoria implacable que lo acompañó hasta los últimos días de su vida. Él –que amaba las enciclopedias tanto como para sostener que eran su lectura preferida– se había convertido en una suerte de enciclopedia viva, arbitraria, muchas veces caprichosa y contradictoria, de la literatura. Una enciclopedia opinante y raramente objetiva. Pero quienes han hablado con él, o aquellos que leen en sus diálogos impresos, pueden advertir que su disfrute comenzaba cuando se refería a cualquier tema que tuviese relación con los libros: allí aparecía su verdadero contacto con el mundo, su más auténtica conexión con él mismo. Entonces, sus balbuceos se convertían en fluidez. Curioso en un hombre que por tantos años había padecido el temor del público, a causa de una tartamudez que lo obligaba a pedir que un amigo leyera sus conferencias. Nadie que lo hubiera escuchado en una de sus charlas de los últimos años hubiese podido llegar a sospecharlo. Su sintaxis, sus perfectos períodos, daban la impresión de un hombre que estuviera leyendo. Y de alguna manera lo hacía: leía como *en las bibliotecas de los sueños*. Pero sin olvidar un solo fragmento, un solo párrafo. Borges no sólo fue un gran lector durante los años en que sus retinas lo permitieron: también lo fue después.

En un curso llevado a cabo en la Universidad de Belgrano, en 1978, comenzó diciendo: “De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación”. Y luego agregó: “Yo he dedicado una parte de mi vida a las letras, y creo que una forma de la felicidad es la lectura; otra forma de felicidad menor es la creación poética, o lo que llamamos creación, que es una mezcla de olvido y recuerdo de lo que hemos leído”.<sup>1</sup>

Aunque a Borges le gustaba borrar pistas y contradecir sus propias declaraciones acerca de aspectos menores de su biografía, a veces por pura estrategia, según el interlocutor de turno, hay algo absolutamente indudable: los libros lo acompañaron desde muy pequeño. Con los años precisaría que “imaginaba el Paraíso / bajo la forma de una biblioteca”. A Fernando Sorrentino le confesó: “Yo no recuerdo ninguna época en que yo no hubiera sabido leer, lo cual quiere decir que aprendí muy temprano”.<sup>2</sup> Hay un hecho cierto: el principal interés de ese niño solitario, cuya única amistad era su hermana Norah (se debe recordar

---

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, *Borges oral* (1979), en *Obras completas*, t. IV, Barcelona, Emecé, 1996, pp. 166 y 170.

<sup>2</sup> Fernando Sorrentino, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1974, p. 13.

que Borges no asistió a la escuela hasta los nueve años y permaneció en ella muy poco tiempo; por lo tanto, no pudo ganar allí ningún amigo) contaba con un entretenimiento casi exclusivo: la lectura. Su madre, debido a sus problemas oculares y al hecho de que vivían en lo que entonces era un arrabal, Palermo, no le permitía tampoco salir a la calle sin compañía. Parece natural que la escapatoria de ese mundo opresivo fuesen las páginas de los libros; los primeros, unos compendios de mitología griega y escandinava (esta última le dejaría una marca indeleble) y *Huckleberry Finn*, de Mark Twain.<sup>3</sup>

En 1955, Borges sostuvo:

Yo creí, durante años, haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y de la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas, pero quienes poblaron mis mañanas y dieron agradable horror a mis noches fueron el bucanero ciego de Stevenson, agonizando bajo las patas de los caballos, y el traidor que abandonó a su amigo en la luna y el viajero del tiempo, que trajo del porvenir una flor marchita, y el genio encarcelado durante siglos en el cántaro salomónico, y el profeta velado de Jorasán, que detrás de las piedras y de la seda ocultaba la lepra.<sup>4</sup>

Años después insistiría, en el epílogo a *El hacedor*, cuando ya había cumplido 61 años: “Pocas cosas me han ocurrido y muchas he leído. Mejor dicho: pocas cosas me han ocurrido más dignas de memoria que el pensamiento de Schopenhauer o la música verbal de Inglaterra”.<sup>5</sup>

Estas citas justifican las afirmaciones que se extraen del cuento *La Biblioteca de Babel*: que no constituye la representación del universo, sino el universo mismo; que existe *ab aeterno*, es ubicua y perdurable y además infinita; que persistirá más allá de los hombres, y sólo el conjunto –interminable– de volúmenes puede explicar su propia esencia, inalcanzable al hombre, o dicho en otras palabras: Dios. O, según la metáfora del “Poema de los dones”: la Biblioteca es el Paraíso.

Admirador de Milton, Borges sabía que los paraísos se pierden. Lo había sufrido en carne propia varias veces. Narró su madre: “Cuando visitábamos el zoológico, era difícil arrancarlo de allí, y yo, que era pequeña, tenía miedo de él, tan grande y tan fuerte, temía que se

---

<sup>3</sup> Hace poco tiempo, Vlady Kociancich narró que Borges le había confesado que en realidad su primer libro había sido *Tom Sawyer*, pero como lo consideraba inferior a *Huckleberry* había optado por deformar la verdad histórica, para quedar mejor ante la posteridad.

<sup>4</sup> Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1954, p. 101.

<sup>5</sup> Jorge Luis Borges, *El Hacedor*, Buenos Aires, Emecé, 1960, p. 109.

enojara y me pegara [...]. Sin embargo, era muy bueno. Cuando él no quería ceder, yo le quitaba los libros, eso era decisivo”.<sup>6</sup>

Como en el mito del eterno retorno, cada tanto la vida volvería a quitarle los libros: la primera vez, la biblioteca paterna se fragmenta a causa del traslado a Ginebra. A Suiza no lo acompañan más que algunos pocos tomos (entre los cuales van algunos volúmenes de autores argentinos que serán decisivos en su formación y en su obra: Evaristo Carriego, Eduardo Gutiérrez –*Siluetas militares*, donde se mencionaba elogiosamente a su abuelo Francisco Borges, y *Juan Moreira*–, junto al *Martín Fierro*, el *Lunario sentimental* y *Las montañas del oro*).

La segunda pérdida de libros se produce en 1946, cuando el nuevo gobierno lo obliga a renunciar a su ínfimo cargo en la biblioteca de la calle Carlos Calvo, “ascendiéndolo” a inspector de aves y huevos de la Municipalidad. Durante los nueve años que duró su permanencia en la biblioteca, que ahora lleva el nombre de Miguel Cané, concibió *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, *La lotería de Babilonia*, *La muerte y la brújula* y *Las ruinas circulares*. Como corolario y homenaje metafísico e irónico a los salones de aquel caserón de Almagro, allí redactó también *La Biblioteca de Babel*. Más allá de los sinsabores propios de la burocracia municipal –que fueron muchos–, alejarse de aquella biblioteca de barrio fue también abandonar un módico paraíso.

En 1955, tras el golpe militar, le devolverán los libros al nombrarlo director de la Biblioteca Nacional. Pero ya es tarde, porque la vida lo ha despojado definitivamente de los libros, sólo puede acceder a ellos por intermedio de la voz de un lector. En noviembre del año anterior le habían confirmado que no podría volver a leer ni a escribir, y que la penumbra progresiva lo llevaría irremisiblemente a la ceguera total. Sin embargo, como los devotos creen en el milagro, Borges como sacerdote de una religión basada sólo en textos, había aprendido a recordar, porque acaso presuponía su destino, y se transformó él mismo en una biblioteca. Se fundió con ese dios peculiar, intransferible. Ya no leyó los libros: fue los libros. Y para que su tarea se hiciera menos ociosa, a lo largo de más de cuatro décadas, escribió volúmenes que han pasado a formar parte del paraíso de otros, que sin ser Borges ejercen –ejercemos– la incomparable profesión de lector.

---

<sup>6</sup> Emir Rodríguez Monegal, *Borges, una biografía literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 39.